

CARRILLO Y SOTOMAYOR, LUIS (CA. 1582/1585-1611)

ROMANCES

I

Cristales, de cuyas aguas
tanto la fama y su trompa,
no por dulces ni por claras,
por vuestro olvido, pregona;
campos, que ya parecistes
entre las sangrientas olas
y entre quejas de Rodrigo,
retrato de mis historias;
nubes, que un tiempo cegastes
al sol en su luz medrosa,
flechas de Alarbes aljabas
y moriscas banderolas;
sitio, ya un tiempo instrumento
de la voz de la mar ronca,
tan ceñido de edificios
como de mal mi memoria:
de cuantas veces atentos
les escucháis a las olas
quejas de nave o de remo,
de que la rompe o azota,
escuchadme unas verdades,
que, por tantas y tan solas,
van a buscar mundo nuevo,
que en aqueste se usan pocas.
Adoro una bella ingrata,
ídolo de mi memoria,
a cuyo templo consagro
el fruto de mis congojas.
Tres años ha -¡tres mil años!-
labro en su casa a deshora
hierros de balcones ciegos,
piedras de paredes sordas.
Tres horas ha que ha rendido
(mas mirad qué fuerte roca)
la mano a quien ha llegado
apenas aquí ha tres horas.

Yo la he visto descubrirse,
no la blanca frente sola,
mas la voluntad y el pecho,
no ha tres años, ha tres horas.
Por vengarme de mi agravio
les diera a tus aguas hondas
un pecho, do, eterna, vive
aquel bronce, aquella roca.
Mas no te quiero tan mal,
que basta su imagen sola
a encender a tus cristales
y a empozoñar a tus olas.
Basten las verdades dichas,
que, aunque no las digo todas,
sobrarán para verdades,
pues para desdichas sobran.

II

«¡Oh tú, de los altos mares
y de más que inmensos golfos
del espumoso tridente,
señor absoluto, Eolo!
¡Oh tú, poderoso rey,
que los altos alborotos
del mar creces, del mar templas,
puedes solo y mandas solo!
¡Tú que, si con frente altiva
mueves tu ejército honroso,
al celestial Argo alteras
sus celestiales pilotos!
Así de tu reino altivo
nunca ofenda leño corvo
la sagrada y cana tez
sin hacer y cumplir voto,
y, venciendo al templo Lisio
el tuyo, escondan tu rostro,
como allá ganchosas testas,
obencaduras y estrobos.
No quede friso o cornisa
que marinero famoso
no esconda su lienzo en letras
y en humo su fuego el oro,
y, creciendo sus respetos,
aun a pendientes despojos

no se atrevan, por ser tuyos,
los ojos menos devotos,
de suerte que, por no verse,
estén en parte quejosos
el bronce, de tu deidad,
y, de su ejemplo, los votos.
Suden aras y cuchillos,
unas negras y otros broncos,
ámbar que el Oriente ofrezca
sangre de votivos toros,
y, de tal suerte se aumente
que sus crecientes arroyos,
dando color a tu playa,
puedan llamarla el Mar Rojo.
Venzan en tus anchas naves,
de la noche manto y rostro,
sudores de la Pancaya
sobre arenas del Pactolo.
Y con tal religión sea,
que cuente eterna en tus ojos
más siglos que Néstor años,
más años que el mar escollos.
Respeten los de tu playa
tanto que, si el fiero ponto,
sacrílego, escupe al cielo,
esté entre ellos religioso.
Y si alguno los cortare,
semejante en obras sólo
sea el biznieto de Belo,
o al nieto del cielo hermoso.
Y si en el de Asiria al Fénix
le conceden Mauseolo,
el rémora por mar raro
eternice tus cimborrios.
Tema robos el arena
de sus cimientos más hondos,
usurpándola los labios
a sacerdotales socos».
Dijo, pidiendo Levante,
esto un amante lloroso,
dióle el dios viento a sus quejas,
¡que hay, entre amantes, dichosos!

Romance «A la caza de unas galeotas turquescas»

Con más oro el sol y galas
mostró su rubia madeja,
dándole el sereno mar
parabién de su belleza,
y, apenas nuestros clarines,
viendo su frente serena,
con sus voces delicadas
le dijeron mil ternezas,
cuando del garcés, alegre,
un marinero vocea:
«¡A la mar! ¡Bajel de remos!
¡que nos descubre, que vuela!»
Afirmólo un timonero
que desde la larga flecha
le ve bañar en el mar
la ligera palamenta.
La nuestra, que aún no tocaba
serena las ondas crespas,
por no quebrar en espuma
al sol mil saladas perlas,
hace de los remos alas,
y los espalderes muestran,
al son del cómitre y pito,
con su fuerza su destreza.
Gime la mar, azotada,
y la recibida afrenta
remite con roncós ecos
a la tormenta primera.
Con las alas del deseo
nuestro bajel presto vuela;
mas el miedo y libertad
las suyas al turco prestan.
Ya le entra nuestro bajel,
ya nuestra vista se entrega
en el buco colorado
y en la turquesada entena.
Sobre la larga crujía,
el golpe y la voz soberbia
del arráez a su chusma
trueno y rayo representa.
Vuelve a ganar lo perdido
y, fiada en su presteza,
poniendo al viento la proa,
gallardamente proeja.

Síguele la capitana
y ya en la popa turquesca
con el espolón escribe
su victoria y su sentencia.
Ya la embiste, ya la alcanza;
ya se escapa, ya nos deja.
Ya, de rendida, desmaya;
ya, de animosa, se aleja,
cuando un furioso Leveche
empezó en la mar exenta
a levantar con sus silbos
torres de cristal soberbias.
Salió más cual más sutil,
y aunque la nuestra hace fuerza,
nos niegan el viento y mar
lo que el general desea.
Llegó la noche, y su manto,
como encubridor de afrentas,
encubrió nuestra tardanza
y aprobó su ligereza.
Escurrimos, ya cansados,
lastimando las arenas
las áncoras, arrojadas
en la costa de Valencia

IV

Pártome en estas galeras
a surcar el ancho mar,
como si en el de mis ojos
no me pude anegar más.
Pártome, y aunque me parto,
dejo, Lisi, el alma acá,
la mitad della en rehenes,
que es tuya la otra mitad.
Mientras más de ti me alejo,
más se me acerca mi mal;
y mientras más se me acerca,
más lejos mi bien está.
Cuando mi mal me acongoja
no me atrevo a suspirar,
que con ellos los trinquetes
más presto me llevarán.
De las lágrimas que lloro,
si algunas llegan allá,

en lo amargo y en lo ardiente
presto las conocerás.
Póngole guarda a mi pecho
del sufrimiento, que es tal
su fuego, que a mi galera
temo me la ha de abrasar.
De la salamandria dicen
que en el fuego viva está,
por mi corazón lo digo,
que, a más llamas, vive más.
Mas, si es cierto no consume
el que es fuego elemental,
siendo tu fuego de cielo,
¿por qué me consumirá?
Callo, y escucha, mi dueño,
porque se despiden ya
de Guadalete los remos,
quizá te enternecerán.

V

Ya con la salud de Celia,
viendo sus ojos divinos,
cielos los montes parecen,
y los valles paraísos.
Ya, al alba llena de flores,
perlas le daba el rocío,
la luna plata a la noche,
y el día al sol oro fino.
Ya como al sol la reciben,
cantando los pajarillos;
ya se le ríen las fuentes,
ya se le paran los ríos
ya se coronan las sierras
de romeros y tomillos,
mostrando en hojas, y en flores
esmeraldas y zafiros,
topacios y girasoles,
ya son turquesas los lirios,
las azucenas diamantes,
y los claveles jacintos,
Ya le daban los pastores
parabiones infinitos,
en tanto que la recibe
con esta canción Lucindo:

«Con salud, Zagala,
más bella que el sol,
bajéis a estos valles
a matar de amor.
Con salud bajéis
a matar de amores,
y a que broten flores
do los pies ponéis.
Mil años gocéis
vuestro hermoso Abril,
Celia, y otros mil,
dando luz al sol,
bajéis a estos valles
a matar de amor».

VI

Pídenme tristezas versos,
desdichas me piden llanto,
mi vida me pide muerte
debida a mis tristes casos.
Escúcholos, triste, y sufro
lo que no pudiera un mármol:
¡Qué me faltaba el sufrir,
sólo para desdichado!
A veces mi sufrimiento,
siendo mis ojos dos lagos,
se deja anegar en ellos,
por ver si descansa acaso.
Húyense mis ojos dél,
de verle tal, espantados,
y él también se espanta dellos,
como los ve tan amargos.
Pruebo a decir algo en verso,
y enmudéceme mi llanto,
¡Qué me faltaba el ser mudo,
sólo para desdichado!
Búscola y llamo a la muerte,
no me escucha, ni la hallo,
¡Qué me faltaba tal vida
sólo para desdichado!
Quiero vengarme de mí,
no es justo, pues no he pecado,
mas, mándalo un pensamiento,

que tiene en mí mucho mando.
Enójome con mi suerte,
debiendo a mi suerte tanto,
mas, ¿qué, si riño a mi tiempo
lo que por él no ha pasado?
Sé que no me han de entender,
que es confusión mi trabajo,
¡Qué me faltaba ya aqieste
sólo para desdicbado!

VII

Venus, Palas y Diana,
tres diosas, a quien contempla
la naturaleza humana,
por crisol de su belleza,
conciertan de entretenerse
en una agradable siesta,
de las que el hermoso Mayo
dentro de su curso encierra.
Y como la hermosa Venus
al pastor Lucindo muestra
de amalle con voluntad,
le manda al punto que venga
a un lugar donde le aguardan
todas tres, para que entienda,
que al pellico de sayal
estiman y reverencian.
Y que en todo su rebaño
no hay pastor que más merezca,
y, como a tal le permiten,
que les venga a dar ofrenda.
Tomó el cayado el pastor,
y para su bien se apresta,
llegó donde están las diosas,
y haciendo la reverencia,
a Palas rindió el cayado,
y a Diana los pies besa,
y a Venus entrega el alma,
por ser la que le alimenta.
Recíbenlo las tres diosas,
y, porque acaso no venga
de Venus la sacra madre,
le visten de su librea.
Tuvo la siesta el pastor

tan en gloria, que quisiera
ser aquel grande Alejandro
para dar la recompensa.

VIII

A las lenguas de los mares
de sus ojos, un garzón
así desató sus penas,
y así las escuché yo.
«Peñascos», dijo, «de España,
que resistiendo al mar hoy,
en vuestras eternas quejas
sois hijos de mi pasión:
ved la causa della y dellas».
Dijo, y del pecho sacó,
según crecieron los llantos,
nuevas penas, más dolor.
Acerqueme, y juzgué luego
que era idólatra el pastor,
pues adoraba a un retrato,
que era al parecer del Sol.
Llegueme más por miralle,
mas, de un divino calor
mi libertad temerosa,
le adoró, no le miró.
Juzgué su frente nevada,
que sin duda retrató
Naturaleza en su blanco
hielos de su condición.
Sólo parte de mi vista
más atrevida, juzgó
negros los crespos cabellos,
librea de su dolor.
Eran pobladas las cejas;
y así el zagal las llamó
pobladas como sus penas,
iguales cual su pasión.
Sus ojos no hay retratallos;
pero sus efectos son
morir siempre en su hermosura,
vivir siempre en su rigor.
Y esto juzgué desde lejos,
y que lloraba el pastor
unos efectos de ausencia,

cuando así se oyó una voz:

«Zagal, de tu niña
no es descuido, no,
que se habrá dormido,
que es niño el Amor.
Aunque es niño y tierno,
es gran rey, y yo
sé que sus palabras
cumple con rigor.
Sufre en este invierno
de ausencia, amador.
Vencerás, no temas,
pues te ayuda un dios.
De él, ni tu zagala,
no es descuido, no,
que se habrá dormido,
que es niño el Amor.
Zagal, de tu niña
no es descuido, no,
que se habrá dormido,
que es niño el Amor.

IX

No me acabes pensamiento,
o ya que quieres que muera,
dame muerte menos fuerte,
que la que me das de ausencia.
Amor arquero, dios pobre,
rey, que sobre el alma reinas
ya estoy rendido y sujeto,
no gastes en mí tus flechas.
Carcelero pensamiento,
pues guardo tu prisión fiera,
del calabozo me saca,
en que me tienes de ausencia.
Y tú, esperanza, que vives,
conmigo, y con la firmeza,
no te vayas y me dejes
con dolor, tormento y pena.
Acuérdate, amor, que soy
de Amarilis, y no quieras,
que muera ausente a sus ojos,
pues quieres, por ella muera.

Sáquenme de la prisión,
y castíguenme a su puerta,
que es bien do se hace el delito,
que se ejecute la pena.

X

Ojos negros de mis ojos,
traidores, bellos y graves
ídolos del alma mía,
flechas de mi amor gigante,
nuevo templo de mi amor,
adonde mil votos hace
el alma, de más quererte,
sin que ninguno quebrante.
Yo aquel, señora del alma,
a quien tu color le hace
un Miércoles de Ceniza,
siendo en las desdichas Martes.
Yo el garzón más bien nacido,
de todos los destas partes,
que siempre estoy con nacidos,
por tener tantas comadres.
Yo, en fin, aquel boquirrubio,
que sólo sabe adorarte;
el que tus mentiras cree,
quiere, si escuchas, cantarte:

«Eres el amparo mío,
que cuando más soledades
me acompañan, tus memorias
danme vida, aunque me acaben.
Tú, sola, eres de mis ojos
la antepuerta, que me hace,
que sólo tus gustos vea,
y olvide todos mis males.
Son tus ojuelos, tu rostro,
cabellos, donaire y talle,
no más de hechura tuya,
que no hay a qué compararse».

Esto acabó de cantar
a su donosa, una tarde,
un amante deste tiempo,
que burlas y veras sabe.

